

# Psicoanálisis del cristianismo

Redacción de Atrio, 01–Junio–2010

*Este es el título de un libro extraordinario que sólo podía escribir un fino psicoanalista con muchos años de experiencia terapéutica y un cristiano que lleva también muchos investigando desde dentro en lo más profundo de la vivencia cristiana. Y el libro está al alcance de todos, en cuatro idiomas, en la página [www.tevere.org](http://www.tevere.org). El autor, **Luigi de Paoli** es quien nos lo presenta, haciendo para ATRIO este **resumen** de cada uno de los seis capítulos y acabando con unas **Perspectivas** que nos lanzan a seguir buscando en lo profundo cada uno de nosotros para vivir, con o sin Jesús, una espiritualidad madura y liberadora... Gracias, Luigi.*

## **Resumiendo....**

**Capítulo I** El Cristianismo nace siguiendo la huellas de un hombre, Jesús de Nazaret, que ha adquirido un puesto de relieve en la conciencia universal por haber sacado a Dios del Templo y de la casta sacerdotal y haberlo trasplantado en el corazón de la humanidad (*Emanuel=Dios está con nosotros, en medio de los hombres*). Lleno de amor y confianza en Yahvé y de pasión profética por los indefensos, critica la cultura de una sociedad que idolatra al emperador y anuncia junto con su grupo de compañeros y compañeras “sin domicilio fijo” que es posible construir un “mundo no-idolátrico” (*Reino de Dios*), identificándose con la *levadura* que hace crecer la pasta de la comunidad humana a través de la acción imperceptible de los *puros de corazón, de los niños, de los humildes, de los que sufren persecución y trabajan por la paz*.

Avanza hacia las fronteras extremas del dolor y de la bienaventuranza, reconociendo sus pulsiones (“tentaciones”) hacia el dominio omnipotente y el provecho individual, las mismas que afligen la condición humana. Enseña que la plena humanización no está exenta de contrastes y obstáculos y que la “religión verdadera” consiste en hacerse cargo de los que viven en la indigencia para que en ellos nazca la fe que “*otro mundo es posible*”, y que hasta el hambre puede ser vencida si los más generosos comparten sus “*cinco panes y dos peces*”. Dirige su oración al Padre “*nuestro*”, no “*mío*”. Consciente de sus límites, le pide que “*perdone los pecados y libere de las tentaciones*” a todas las criaturas, incluyéndose él mismo. Por haber osado revelar que en la religión se mimetizan respetables hipócritas y ambiguos compromisos con el imperio, es crucificado como subversivo.

**Capítulo II** Las raíces hebraicas del Nazareno son progresivamente abandonadas, así como su modo de hablar, popular y rico en metáforas. Algunos Apóstoles y Evangelistas pasan por alto las curaciones, los exorcismos y las *bienaventuranzas*. El martirio es objeto de diferentes interpretaciones: en un primer momento el Nazareno es un “chivo expiatorio” de la violencia de las autoridades judías y romanas, luego es una “*víctima*” requerida por el Padre con el fin de *erradicar el pecado del mundo*. Si al principio es “*un hombre acreditado por Dios*”, después es considerado un “*privilegiado por encima de todos los seres, es el Alfa y el Omega*”.

Las comunidades de los dos primeros siglos se mantienen fieles a la estructura fraternal y alternativa de los orígenes, aun a costa del martirio, al mismo tiempo que comienza una doble mutación del Nazareno: la de la *idealización*, que tiene lugar

paralelamente a la de la *castración*. Jesús es elevado a la categoría de *Hijo de Dios, Señor del Cielo, Redentor, Mesías*, pero también se le rebaja a la de *Cordero de Dios, Hijo obediente, enviado del Padre*. Es eternizado y divinizado hasta el punto de que queda casi oscurecido el objetivo histórico por el cual ha entregado su vida: *“llevar a los pobres la buena noticia de la salvación, anunciar la libertad a los presos, dar la vista a los ciegos, liberar los oprimidos”* y perdonar a sus verdugos.

**Capítulo III** La persecución que sufren los cristianos durante tres siglos cambia radicalmente con Constantino, quien les concede completa libertad de culto (313 d.C.) a cambio de usar la Cruz como símbolo de autoafirmación política y triunfo sobre sus rivales. Los obispos, una vez integrados en el sistema imperial con considerables ventajas sociales y patrimoniales, delegan en Constantino (pagano) la convocación del primer Concilio ecuménico para la resolución de conflictos teológicos (Nicea, 325). Uno de sus sucesores, Teodosio, proclama el Cristianismo religión del Imperio y *delito contra el Estado* la desobediencia al dogma. La confusión de roles y de identidad desvirtúa tanto al Estado, que llega a ser una fuente oficial de la doctrina y de la disciplina cristianas, como a la Iglesia, que acepta privilegios y responsabilidades desconocidas en el pasado. La degeneración eclesiástica es tan evidente que importantes Padres de la Iglesia la denuncian. El *“desorden narcisista”* que representa Constantino con su grandiosidad, deseo de triunfo, y agresividad criminal, contagia a la Iglesia que de “perseguida” pasa a ser “perseguidora”.

**Capítulo IV** La conversión forzosa, la defensa de la guerra “justa” y las vejaciones contra los judíos y paganos penetran en el tejido eclesiástico, sobre todo con la legitimación teológica de Agustín (siglos IV y V). Influenciado por la cultura maniquea y experiencias familiares de dominio y sumisión, éste enseña que la condición humana está marcada por vínculos asimétricos de superioridad e inferioridad entre alma y cuerpo, hombre y mujer, vírgenes y casados, bautizados y no bautizados, los pocos predestinados al paraíso y los muchos al infierno, entre la ciudad terrena orientada al mal y la ciudad de Dios (la Iglesia) encaminada al bien. Cargando con el peso de un “pecado original” que se transmite mediante el acto sexual de los progenitores, todo cristiano aprende que Dios le culpa de un pecado que no ha cometido, y que puede librarse sólo parcialmente de este pecado a través del bautismo, o bien de una ascesis auto-denigratoria (masoquista), o bien persiguiendo a paganos y herejes, con el fin de experimentar el placer (sádico) de ser un “cruzado” del bien contra el mal.

**Capítulo V** A medida que el interés por la historia y la vivencia del Nazareno se enfría, las Iglesias, especialmente la Católica, tienden – sin saberlo – a modelarse según las dos naturalezas que le han sido asignadas. La *“divina”* está representada por la *“Jerarquía sagrada*, que habla y actúa como si fuera Dios. La *“humana”* está constituida por la masa de los *“feligreses profanos”* que tienen el papel de *“siervos obedientes”*, cuya tarea es secundar la voluntad de los “pastores”. Si el Nazareno decía *“levántate y camina”*, éstos ordenan: *“¡síéntate y cállate!”*.

Avalando la doble imagen de Dios – por un lado *liberador, salvador y redentor* y por otro lado *dominador y vengador injusto* – los cristianos quedan atrapados en una

“encarnación contradictoria”. Personifican la caridad frente a los miserables, la compasión frente a los débiles, el amor al extranjero, pero al mismo tiempo exhiben una superioridad ética y apoyan sistemas que idolatran el dinero, defienden la ley del más fuerte e incrementan las desigualdades.

El “*Yo eclesiástico*” (de todas las Iglesias cristianas) no tiene recursos suficientes para poner freno al *desorden narcisista*, al no haber interiorizado plenamente al “*Yo fuerte*” del Jesús histórico, madurado en una comunidad cálidamente afectuosa, a partir de la familia. La consecuencia es que en lugar de un *Cuerpo místico* hay un “cuerpo fragmentado” en miles de Iglesias, incapaces de orar juntas y de *liberar a los pobres y a los marginados*.

**Capítulo VI** Una representación de la mutación del Cristianismo se encuentra en la celebración de la liturgia fundamental, la Eucaristía, que deja de ser una *Cena* entre amigos y amigas para revivir la *Liberación* a través del recuerdo del Éxodo y de Jesús Resucitado. Retrocede al antiguo rito del *sacrificio* en un templo sagrado, donde en lugar del animal está Jesús, el *Cordero que quita los pecados del mundo* y su auto-inmolación.

La estructura sacrificial está bien representada por la escisión de la asamblea: por un lado está el “celebrante-sacrificante”, ubicado detrás de un altar o sentado en un trono, dotado de poder y de palabra; por otro lado están los “fieles sacrificados”, entrenados para obedecer a señales convencionales del ministro consagrado, que les exige el *sacrificio* de evitar toda forma de diálogo, saludo, abrazo y confesión recíproca. Ello es la confirmación de que el Cristianismo no es una comunidad-cuerpo, cuyas partes se ayudan mutuamente y cariñosamente, sino una “masa” sin relaciones verbales o afectivas, dividida artificialmente entre “pastores” y “ovejas”.

## *Perspectivas*

Dando por sentado que el Cristianismo ha representado en el curso de la historia una fuerza amorosa y creadora de instituciones y obras que han enriquecido a la humanidad, parece igualmente incuestionable que está marcado no tanto por inevitables faltas personales, como por una “malformación genética”, que comienza desde las primeras comunidades que atribuyen a Jesús la misma estructura bipolar del Imperio Romano. Con el fin de elevar al Nazareno por encima de todo ser humano, los discípulos injertan – por decirlo de una manera biológica – en su ADN la “*doble hélice*” del Imperio. En la estructura del ADN imperial, una hélice es la del Emperador, venerado como “*Hijo de Dios y Salvador*”, que exige *sacrificios*; la otra es la del pueblo, “*siervo y víctima*”, que debe *sacrificarse*.

Una vez que la *doble hélice imperial* se le transfiere a Jesús, es lógico que éste se convierta en “*Hijo de Dios y Salvador*” (como Augusto) y, al mismo tiempo, en “*siervo y víctima*” (como el pueblo). Esta misma “*doble hélice cromosómica*” se transmite a las Iglesias cristianas, que desarrollan dos núcleos psicodinámicos desequilibrados: uno es auto-divinizante y potencialmente sádico, dominante y colonialista, mientras que el otro es servil y masoquista, dispuesto a inmolarse.

A causa de esta “malformación genética”, no sorprende que se vaya estructurando la separación entre el Jesús histórico y el Cristo Resucitado, entre el único verdadero

Redentor y los no genuinos, entre una Iglesia perfecta (Católica romana) y las demás que son imperfectas, entre sacerdotes y feligreses, entre ley y compasión.

Si mi análisis es razonable, parece poco probable que el Cristianismo consiga deshacerse del *desorden narcisista* entonando un *mea culpa*, celebrando concilios, reuniones ecuménicas, campañas de reforma, ascesis personales o proliferaciones de Iglesias Independientes, cosas ciertamente útiles, pero no suficientes para curar una patología que no afecta algunos elementos del cuerpo eclesial, sino la transmisión de una “malformación”.

Observando los “procesos primarios” de las Iglesias cristianas, mi hipótesis es que el *desorden narcisista* que las caracteriza depende de la presencia de dos núcleos, uno auto-divinizante, agresivo e intolerante, y otro servil, frustrado y tolerante, que hacen oscilar las instituciones religiosas entre sentimientos opuestos de inferioridad y grandiosidad, entre pulsiones amorosas y destructivas. Si los cristianos no van por el mundo anunciando y poniendo en práctica la liberación emprendida por Moisés, ello no es debido a su mala voluntad, sino a la debilidad de un “Yo” que se ha acostumbrado a vivir sin libertad.

El proceso de liberación que Moisés inicia más de tres mil años antes no es sólo político sino “mental”, pues él descarta las soluciones más sencillas y extremas como el sometimiento al Faraón o bien su eliminación. El líder maduro no se deja encerrar en la lógica dualista “aut-aut”: mandar o obedecer; sublevación o capitulación; riqueza o miseria. Lo que Moisés inventa, y Jesús repite, es el alejamiento irreversible de toda contraposición sectaria, comenzando un Éxodo laborioso que excluye tanto la violencia como la resignación, teniendo bien en cuenta que en ese viaje hacia la plena humanización pueden reaparecer la nostalgia infantil de la esclavitud o de una *tierra toda leche y miel*.

La influencia de Moisés y de los profetas es tan honda en el Nazareno que él consagra su vida a comprobar que es posible establecer relaciones afectuosas, paritarias, comunitarias, empáticas, es decir “no-dualistas” (o trinitarias). Él rechaza todos los sistemas “dualistas”, que favorecen el *apartheid* entre Dios (o un Hijo suyo), que es omnipotente y digno de adoración, y todos los demás seres vivientes, que son pasivos y desprovistos de valor.

No sólo Jesús sino también sus amigos y amigas ponen su vida en juego para indicar que hay otra manera de vivir en este mundo, y no en el más allá, donde no existan ni triunfadores ni derrotados, ni verdugos ni chivos expiatorios.

Cada persona, según el Nazareno, contiene una fuerza liberadora que le permite “*hacer prodigios más grandes de los que él hizo*”, de una forma misteriosa y discreta, como la *levadura* que hace fermentar una masa inerte, o como la *sal* que da sabor a las relaciones humanas.

Cuando los “discípulos ignoran o mudan sus genes originales, se vuelven una *sal*/inútil. Jesús lo dice de forma incontrovertible (Lc 14,34-35):

***“La sal es buena; pero si se vuelve insípida, ¿cómo recuperará su sabor? Ya no vale ni para la tierra ni para el abono, de modo que se tira. Quien pueda entender esto, que lo entienda”.***

El texto completo puede ser leído y descargado libremente en Internet: [www.tevere.org](http://www.tevere.org)

